

TRES ESTAMPAS DE LA HISTORIA
DE MURCIA

(SIGLOS XX, XIX Y XVIII)

I

AZORIN EN LA CASA DEL PINO

CUANDO Azorín tomó unas notas para su libro *El Paisaje de España...* era la primavera del año 1912. El autor de *La Voluntad* llegó a Murcia siguiendo un camino distinto al de su personaje Antonio Azorín; pero autor y personaje se confunden, y el aire transparente y cálido de la mañana de *La Voluntad* es el de este día de Murcia próximo a la Semana Santa.

El escritor romántico ha dejado atrás el cerco del castillo y la ciudad de Alicante, el campo sembrado de flores amarillas y el azul intenso del mar; y luego de unas horas de viaje ha llegado a una tierra húmeda extensa, donde el verde expande sus tonos desde el oscuro intenso hasta el claro gayo.

El escritor romántico como el Duque de Rivas y Donoso Cortés es político conservador, y cómo siente gran admiración por su jefe de grupo, quiere con esta visita pos-parlamentaria mostrar a D. Juan su contradicción íntima entre las cosas y la política. El escritor romántico lleva un



traje gris oscuro, monóculo y bastón con puño brillante; no es político influyente, y mucho menos una gloria nacional.

Ahora que ha dejado el tren camina despacio por la vieja alameda de «La Chopera», donde los árboles frondosos forman casi una bóveda con su tupido ramaje. Como es la mañana, el escritor romántico columbra a lo lejos la barba ancha y larga de D. Ricardo Codorníu. «Tiene el buen anciano la risa franca y los entusiasmos súbitos de los niños». D. Ricardo lleva un libro en la mano y explica a Azorín cómo en un instituto de Calcuta se han puesto al servicio de los árboles unos instrumentos y procedimientos ingeniosos para ver crecer las plantas, para notar sus pulsaciones y observar la contracción de los tejidos cuando se les golpea. El escritor romántico se conmueve y habla de la muerte de los árboles.

Luego suspenden la charla y caminan hacia el centro de la ciudad. Pasan otra alameda limitada también por hermosos árboles y llegan al puente sobre el río. A la izquierda y a la altura del paseo sobre la huerta se alza recortada y maciza la casa de D. Ricardo. Es una pieza hermosa, proporcionada y rítmica que rebrota la medida de un barroco tardío y ordenado.

Al cruzar el zaguán, un suave frescor alivia el sol fuerte de la primavera. En el piso principal está D. Juan. Hace poco tiempo que dejó su labor ministerial. Por fin ha vuelto a Murcia. El ilustre político recibió a Azorín en el amplio comedor. Otra vez se han encontrado D. Juan y Azorín. Los dos personajes hablan del Sultán de Marruecos, del próximo tratado hispano-francés y del viaje del Rey a Inglaterra. Los niños interrumpen el diálogo, mientras Azorín mira desde el balcón la gente que pasa el puente; luego observa las porcelanas que hay sobre la chimenea de mármol. Sobre la amplia mesa hay unos paquetes y D. Juan conversa con los chicos sentado en una butaca verde.

Luego se quedan solos los dos amigos y se oye precisa y enérgica la palabra de D. Juan. Azorín admira al político. Pasados unos años dirá que un discurso del ilustre exministro es un modelo de dialéctica exacta y minuciosa. Es también D. Juan trabajador infatigable. Todo lo admira el exquisito escritor, y ante la presencia del político pone siempre un gesto de melancolía que le nace desde su voluntad fatigada.

El escritor, amigo del campo, ha salido en automóvil con el político. Siguen conversando, y Azorín recuerda los sucesos de Barcelona. D. Juan pone gesto duro y Azorín habla del discurso de Cambó. «Todo se puede



soportar, dice D. Juan, menos la grave indecencia. En Barcelona había que actuar sólo de esa forma; por eso fui tan duro con Cambó. Su carta era testimonio clarísimo de su conformidad con el gobierno».

Azorín calla; mira los bancales ordenados de la huerta y el color verde claro de las hojas nuevas. Pasan huertanos con haces de alfalfa y asnos con los serones llenos. El automóvil ha subido una cuesta pedregosa y se detiene junto a una casa grande, antigua, que tiene un pino alto frondoso.

El político y el escritor romántico han entrado en una vasta pieza del caserón. El político habla con una mujer de aire huertano y Azorín sale solo al campo. Camina despacio entre bancales de olivos. El monte pedregoso tiene grandes zonas de romero y de juncia. Por el lado del «Valle» hay una gran pinada que va tomando suavidad de terciopelo. Va cayendo la tarde y comienzan a surgir los colores del paisaje; los verdes son intensos y variados, y la línea azul de la sierra lejana se hace morada. Hay un silencio conmovedor; Azorín toma sus notas en un pequeño cuaderno y mira en dirección a Espuña. Se oyen las notas del Angelus mientras D. Juan prepara el fuego en la chimenea. Cuando Azorín entra en la Casa del Pino, D. Juan está leyendo *Lecturas Españolas*; al ver a Azorín mira atento a su diputado. ¡Es curioso!, dice D. Juan; ahora comprendo por qué han llamado a su tiempo de político cuatro años de mala vida.

II

MELODIA ROMANTICA Y FUNCION DE GALA

Había comenzado el otoño del año 1862 y España vivía el tiempo más tranquilo que diera un gobierno de cinco años continuados. La familia real vió los pueblos del sur alejados de la Corte, y la joven reina Isabel, gracia castiza de una España romántica, llegó a Murcia al tiempo en que las hojas de los árboles tenían color de cobre.

La lluvia caía fina y menuda en un día gris y luminoso. La vega murciana era transparente, y en las lomas de Espinardo, y en los repechos de Molina el rojo pimentón puesto a secar, anunciaba la nueva pintura de carmines y de colores calientes.



Vino la reina a Murcia del brazo del rey Francisco con la Infanta y el Príncipe del romance, que había de amar poco tiempo a la dulce Mercedes, reina de la copla, amiga del pájaro y del azul del mar.

Sin la caricia del sol de otoño, la ilustre familia vió un pueblo endomingado; militares con casco y plumero alto, señores de la ciudad solemnes y ceremoniosos, con su chalecos bordados, sus plastones amplios y su gesto indolente y romántico del brazo de damas jóvenes y de otras que fueron bellas y cortejadas.

Junto a la Virgen del puente, había muchachas morenas y rubias con el pelo al viento de la mañana, pálidas y silenciosas frente a un paisaje verde esmeralda que cruzan coches tirados por caballos limpios y relucientes, al paso rítmico de la banda militar, en el ambiente de emociones populares que comparte la Reina generosa en unos años fecundos y favorables, cuando el derecho de la vida noble se hizo disciplina de sentimientos y de moral.

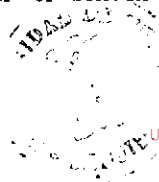
El viento apacible de una España romántica, había dejado en las gentes una nueva clase de emoción amorosa, mientras el alma de Bécquer dejaba en sus Rimas la tristeza lírica del «mal del siglo».

El día siguiente fué azul, y los caminos de la huerta llevaron al Santuario al cortejo real. Frente al paisaje dorado de la ciudad tranquila recibió la Reina el homenaje rítmico del pueblo humilde, entre rasgueos de guitarras y canto antiguo de parrandas.

Al tiempo que brillaba el lucero de la tarde, cuando la luz tardía del crepúsculo se reflejaba en el río y la palma solitaria del desierto era más rotunda en el cielo azul, la ilustre dama llegó a la puerta del teatro. En el frontón se anunciaba función de gala, y una obra de Eguilaz hacía pensar en el drama moral y de costumbres de Bretón de los Herreros.

La llegada de los Reyes fué hermosa. El teatro era una estampa roja y dorada como el palacio de fiestas del «viejo y apolillado Habsburgo» de la corte de Viena. La ciudad elegante acompañaba a sus Reyes, y juntos se conmovían con los versos del drama de Eguilaz, cuando Julián Romea hacía nacer el tono de la época y la lágrimas se confundían con las perlas.

Eran días románticos y el siglo había traído el amor por lo distinguido y lo peculiar; la ingenuidad se mezclaba con la irreflexión, y el pulso marchaba al galope cuando la escena mostraba sus temas de amor y de esperanza. El drama de Eguilaz hacía brotar el sentimiento y el conflicto más puro y clásico del Romanticismo.



Los Reyes aplaudieron la obra; junto al palco real, un servidor de la Reina le ofreció una pulsera guarnecida de diamantes, perdida cuando llegó al teatro. Una joven murciana había encontrado la joya y la entregó a un alabardero de la guardia para que llegase a manos de la Reina.

La función de gala había terminado. En la puerta del teatro se esperaba la salida de los Reyes. La Reina delante apareció entre dos filas de uniformes con dolman rojo bordados en oro y anchos galones; trajes brillantes de damas murcianas, políticos, generales y marinos. Toda la representación de la España romántica de unos años de Isabel en la mejor época de su reinado; cuando en el interior del país todo había ganado un aire amable y quedaban olvidados los días tristes del gobierno de María Cristina.

El pueblo seguía su fiesta; en el puente se disparaban fuegos artificiales; giraban las ruedas con sus chispazos rojos y dorados, y en el cielo había largos lagrimones rojos, azules y blancos.

III

BELLUGA, CAPITAN GENERAL DE FELIPE V

El Cardenal Belluga, Obispo en el Reino de Murcia y Capitán General de las tropas leales al Rey Felipe V de Borbón, es una de aquellas figuras que evocan leyendas hidalgas, sentimientos de casta enraizada en la antigua historia de España; templado y valeroso, buen soldado, fervoroso creyente, y absolutista de corazón.

Cuando este ilustre Prelado cuenta 44 años tiene bajo su mando político al estratega y Mariscal de Campo Daniel Mahori para defender las tierras del Rey de la dura presión del Archiduque Carlos, favorecido por la unión europea de la Gran Alianza.

Corre el año de 1706, y la Guerra de Sucesión hace pagar a España un tributo doloroso, viéndose invadida por las potencias que han formado esta alianza de rencor a Francia. Desde muchos lugares de Europa, los envíos de tropas hacia España fueron en aumento a medida que el siglo iba creciendo, y las tierras de Portugal vieron llegar con las fuer-



zas de la Armada inglesa soldados de Austria y de Italia y gentes de los Países Bajos. La suerte de la política de Carlos II daba el último fruto; Darmstad ocupaba sin resistencia nuestro Gibraltar, y el camino de los aliados se hizo fácil hasta Madrid sin intervención de los aragoneses. Desde Madrid y Barcelona se preparó el ambiente y un fuerte ejército para la campaña de Levante.

Murcia vivía unos años de inquietud y de incertidumbre. La paz la iba perdiendo a medida que se tenían noticias de la guerra, y sólo la palabra del Prelado Belluga era quien llevaba el reposo al pueblo y a la escasa aristocracia. El Obispo seguía su trabajo duro; el tiempo no contaba, y era necesario tener cada día más unidos a los pueblos de la extensa diócesis.

En los comienzos del año 1706 todo se puso en contra, «había que luchar no sólo contra las penalidades de la campaña, sino diferentes plagas, la falta de alojamiento, de trigo, de dinero, con la aparición de la epidemia de calenturas, con la langosta y hasta con ciertas diferencias con que tropezó en sus estrechas relaciones con el Cabildo eclesiástico». Fué entonces cuando el Obispo, viendo bastante decaído el espíritu de las tropas del Rey, dió una heroica salida a su habitual y perpetua resistencia al desánimo siendo nombrado Capitán General y Virrey de Murcia y de Valencia el 11 de junio de este mismo año.

El futuro Cardenal transformaba su vida incorporando a su hábito pastoral una nueva manera de obrar. El brío del Obispo rompe con su costumbre activa y espiritual, y un gesto que por supuesto no llega al arrebató de su espíritu, pregona el mediodía de su vida en el trabajo y en la lucha. Es el momento admirable del ilustre Prelado.

Las tropas inglesas y austríacas en su avance por el Este, pisan los linderos de las tierras de Murcia, después de haber dejado atrás las sierras calvas cerca del castillo de Montesa. Las vanguardias del Archiduque se han aproximado a Fuente de la Higuera y comienzan los primeros contactos en esta jornada del Este. Es el invierno del año 1706 y una prudente estrategia aconseja ir resistiendo el embate de la máquina extranjera.

El tiempo deja pasar cuatro meses de frío, de acciones sueltas y de campañas decisivas que permiten el avance de los imperiales en Caudeyte y Villena, en Alicante y en Elche.

El Obispo espera tranquilo los acontecimientos de la guerra y las promesas del Duque de Berwick. El buen tiempo de la primavera deja



En las calles de Murcia el olor de la huerta, y en las noches de mayo el cañón suena lejano y rumoroso. El pueblo está intranquilo; sabe que las tropas de la Gran Alianza avanzan hacia Murcia, en tanto que su Obispo sale con mucha frecuencia de la ciudad, al tiempo que envía correos hacia Jaén, Córdoba y Granada. Cuando la intranquilidad se hace evidente y cunde la alarma, corren ya los días del mes de junio, y el día 11 del mismo mes, el Obispo Belluga toma de nuevo el mando de las tropas y la Administración de la ciudad. El momento es de gravedad; hace tiempo que lo sospechaba, y ha de afrontar la situación más difícil.

El día 24 de agosto las tropas del Archiduque llegan a Beniel, y el Obispo tiene prevista la defensa de Murcia. Conoce la estrategia de sus enemigos, y sabe que harán cuanto puedan por cercar la ciudad. A sus oídos llegó repetidas veces la noticia de que los austriacos intentaban cazar al Obispo rebelde. La guerra está en las puertas de Murcia; desde el camino de Orihuela se abren grupos nutridos hacia el monte y la Fuensanta y cerca de tres mil imperiales se dirigen a las lomas de Espinardo; las vanguardias del centro asaltan Monteagudo retirándose después de este primer intento. El orden está conseguido entre los defensores de Murcia, pero la alarma cunde cuando es más necesaria pasados los primeros encuentros. Fué el momento en que el pueblo tuvo noticias de la carta que el Duque de Berwick había enviado al Prelado aconsejándole que saliese de Murcia. El pueblo se manifestó ante Palacio diciendo que se marcharían con él donde quiera que fuese. Durante todo el día el pueblo no pudo oír la voz de su amado Prelado, y al atardecer corrió la noticia de que la huerta comenzaba a inundarse. El pánico creció y la confusión fué mayor cuando el fenómeno se producía sin que tuviesen noticias de que la inundación era consecuencia de haber sido rotos los cauces de la Contraparada después de calados los tablachos, para defenderse del avance de los imperiales, tal como había dispuesto el Prelado. La estrategia rindió sus servicios y se dió con éxito la batalla del Huerto de las Bombas que hizo alejar el peligro de las cercanías de Murcia. Así llegó la noche más triste de aquellas jornadas en que el Obispo abandonó Murcia para conseguir tropas en Andalucía. La salida se hizo con toda precaución; los alrededores de Murcia estaban sembrados de patrullas austriacas. Las incursiones de los imperiales en la huerta eran frecuentes y el peligro acechaba.

Al filo de la medianoche del 2 de septiembre el Obispo salía por la ribera del río hacia la Ñora para tomar luego el camino de Granada.



Como la salida era arriesgada fué protegido por tropas guiadas por huertanos.

Desde aquella noche no se supo nada del Obispo hasta pasados seis días que vieron llegar por todos los caminos que dan entrada a Murcia soldados de las ciudades andaluzas, preparados para las próximas jornadas que habían de dar un día señalado en la llanura de Almansa.

